

VOCES EXPERTAS

Rebeca Anijovich y Graciela Cappelletti

Enseñar en escuelas secundarias, entre lo ideal y lo real



Enseñar en escuelas secundarias, entre lo ideal y lo real¹

Por Rebeca Anijovich y Graciela Cappelletti

Enseñar en la escuela secundaria supone abordar múltiples desafíos que atraviesan tanto lo pedagógico como lo institucional y lo subjetivo. La enseñanza de saberes disciplinares a adolescentes implica traducir conocimientos muchas veces abstractos o especializados a formas comprensibles y significativas para estudiantes en plena construcción de identidad. Esta tarea exige un conjunto de saberes pedagógicos, competencias vinculadas con el uso de tecnologías digitales, gestión de las emociones, convivencia escolar, ciudadanía digital e inclusión educativa. Puede hablarse, en este sentido, de una doble o incluso triple especialización docente.

En este artículo, proponemos una reflexión sobre los desafíos que enfrenta la docencia en la escuela secundaria y las demandas que estos implican para la formación docente. Se abordan tres ejes principales: la formación profesional y ética de los y las docentes, las modalidades colectivas de enseñanza y acompañamiento, y los retos que plantean la inteligencia artificial y los nuevos formatos escolares.

Formación docente: fines, valores y práctica reflexiva

Formar docentes nunca es un acto neutro. Siempre supone tomar una posición frente al tipo de sociedad y de ser humano que se quiere promover. Las competencias docentes están profundamente ligadas a los fines educativos. No basta con dominar contenidos o estrategias, sino que resulta imprescindible asumir valores, una filosofía educativa y una postura ética.

La formación tiene que estimular la reflexividad, entendida como la capacidad de revisar críticamente las propias prácticas y adaptarse a contextos cambiantes. A su vez, la implicación crítica supone un compromiso activo de los y las docentes en el debate público y en la responsabilidad sobre la educación que se busca construir colectivamente. Estos aspectos son centrales para evitar que la tarea docente se reduzca a la transmisión técnica de saberes.

¹ Este artículo fue elaborado a partir del documento básico del XVI Foro Latinoamericano de Educación, titulado “Tensiones y horizontes educativos en tiempos de cambio: ¿y si la secundaria fuera distinta?”, con autoría de Rebeca Anijovich y Graciela Cappelletti, y publicado por Fundación Santillana.

Asimismo, la docencia enfrenta tensiones propias de nuestro tiempo, como la relación entre tecnología y humanismo, que requieren de un perfil docente capaz de mediar entre la innovación tecnológica y la preservación de valores democráticos e inclusivos.

Modalidades colectivas y co-docencia

El trabajo colaborativo entre docentes aparece como un dispositivo con gran potencial para promover el cambio, impulsar la innovación y favorecer el desarrollo de la educabilidad. La co-docencia enriquece las intervenciones en el aula al permitir que dos docentes asuman de manera conjunta la planificación, implementación y evaluación de propuestas de enseñanza. Favorece, además, instancias de reflexión sobre la práctica y el acompañamiento mutuo. Para docentes principiantes, se convierte en una oportunidad formativa que habilita la construcción colectiva de la enseñanza y promueve capacidades como la empatía y la solidaridad.

No obstante, para que estas experiencias sean sostenibles, requieren condiciones institucionales claras: tiempos de planificación previstos en la carga horaria, espacios compartidos y sistemas de evaluación que contemplen la integralidad del proyecto de enseñanza. De lo contrario, el trabajo colaborativo corre el riesgo de quedar librado a la buena voluntad de los y las docentes.

Afectividad y acompañamiento de trayectorias

Hablar de afectividad en la escuela secundaria es reconocer que la experiencia escolar está atravesada por emociones, vínculos y sentidos que no pueden separarse del proceso de enseñanza y aprendizaje. En este sentido, acompañar las trayectorias escolares es una condición indispensable para que la enseñanza pueda tener lugar. No se trata de una tarea secundaria o complementaria, sino de un aspecto central del trabajo pedagógico. Acompañar implica ofrecer un marco afectivo y pedagógico, lo cual requiere tanto sensibilidad personal como organización institucional.

Construir una escuela como territorio afectivo implica asumir que el lazo pedagógico no se funda solo en la transmisión, sino en el reconocimiento mutuo, en la presencia sostenida y en la apertura a lo que cada sujeto trae consigo. En este marco, la figura del tutor cobra sentido en tanto se inscribe en un equipo de trabajo y se articula con una red que incluye a docentes de distintas materias, preceptores, directivos y equipos de orientación. Este entramado permite que los estudiantes no queden a la deriva y que encuentren sostén en distintos actores institucionales.

La afectividad es constitutiva de toda experiencia humana y la escuela, como espacio vital de los adolescentes, se convierte en un escenario clave para la construcción de vínculos y subjetividades.

Desafíos contemporáneos: inteligencia artificial y nuevos formatos escolares

La expansión de la inteligencia artificial (IA) en el ámbito educativo ha generado altas expectativas en torno a la personalización del aprendizaje y a la mejora de los procesos escolares, considerando una perspectiva optimista. Sin embargo, un análisis pedagógico más profundo revela que esta incorporación también plantea riesgos: la reducción de la interacción social, el reforzamiento de desigualdades y el debilitamiento del sentido pedagógico de la escuela.

La presencia de la inteligencia artificial en la educación no es en sí positiva ni negativa; depende del marco pedagógico, ético y político desde el cual se la incorpore. Existe el riesgo de que la hiperpersonalización limite la apertura a la diversidad de perspectivas, y de que la adopción acrítica de tecnologías conduzca a una deshumanización de la escuela si se privilegia la eficiencia por sobre la deliberación pedagógica.

En paralelo, la escuela secundaria enfrenta desafíos como la deserción escolar, el abandono y la falta de motivación en los estudiantes. Es por eso que el rediseño de la escuela secundaria nos invita a revisar los formatos escolares. Ello implica reconocer que los marcos institucionales y pedagógicos actuales fueron diseñados para una época distinta, con otros sujetos, otras tecnologías y otras formas de producción del conocimiento.

Los adolescentes de hoy conviven cotidianamente con tecnologías digitales, aprenden de maneras diversas, se vinculan con múltiples lenguajes y acceden a fuentes de información más allá del ámbito escolar. Los formatos tradicionales hoy pueden resultar desalentadores para muchos adolescentes al no encontrar conexión entre lo que aprenden y la vida cotidiana.

Se advierte, entonces, la necesidad de integrar nuevas formas de aprender y de habitar la escuela. Estrategias como aulas-taller, itinerarios personalizados y aprendizaje basado en la comunidad son ejemplos de formatos que buscan favorecer la autonomía y la inclusión.

Conclusiones

En las escuelas secundarias, el trabajo docente suele estar marcado por la soledad. Cada uno entra en su aula, cierra la puerta y despliega su práctica lo mejor que puede. Sin embargo, cuando esa práctica se convierte en objeto de reflexión compartida, surge una potencia transformadora: el encuentro entre docentes, con sus preguntas, hallazgos y tensiones, se vuelve un espacio fértil para crecer juntos.

Reflexionar no es solamente mirar hacia atrás lo que hicimos, sino también animarse a interrogar lo que estamos haciendo y, sobre todo, a hacerlo en colectivo. Cuando la reflexión se vuelve compartida, deja de ser una herramienta de mejora individual para convertirse en una práctica profesional que fortalece lo común. Colectivizar la práctica

reflexiva implica reconocer que no enseñamos solos, aunque muchas veces lo parezca, y que las condiciones para enseñar mejor también se construyen entre todos.

Colectivizar la reflexión es también un acto de cuidado. Cuidamos nuestra práctica cuando la revisamos junto con otros, cuando dejamos de pensar que equivocarse es un problema individual y empezamos a entenderlo como parte del proceso de enseñar. Cuidamos a nuestras comunidades escolares cuando dejamos de ocultar nuestras dudas y empezamos a construir respuestas colectivas.

En este contexto, es necesario fortalecer el debate sobre formación docente para la escuela secundaria, entendiéndola como una apuesta ética y política. No se trata únicamente de garantizar el dominio de contenidos disciplinares, sino de construir un perfil profesional capaz de reflexionar críticamente sobre su práctica, de trabajar de manera colaborativa, de sostener vínculos afectivos y de enfrentar los desafíos de la inteligencia artificial y de los nuevos formatos escolares.

Concebir la docencia desde esta perspectiva implica reconocerla como una práctica socialmente relevante, que requiere políticas de formación continua, condiciones institucionales adecuadas y una concepción amplia de la enseñanza como tarea cultural y ética.

La transformación educativa no se impone: se construye en lo cotidiano, entre colegas que se encuentran, que colectivizan sus saberes y que hacen de su práctica una fuente de aprendizaje permanente.

